

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

A mis 90 años PARA DAR SENTIDO A TU VIDA

Enseñanzas prácticas



*Mira bien donde pones el pie y sean
restos todos tus caminos* (Prov.
4,26)

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN:84-7770-234-9

Depósito Legal: B-41282-94

Impreso en España por

Bígsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

Amigos lectores:

Después de la experiencia adquirida durante los 90 años que Dios me ha concedido de vida, me ha parecido oportuno daros unas breves lecciones a todos, especialmente a los jóvenes para que sepan dar sentido a su vida desde su más tierna edad, pues ¡se vive una sola vez!

Yo quisiera que no perdiérais la juventud y supiérais desde pequeños ir por el camino de la virtud y no por el de los vicios y el pecado. Si todos se dieran cuenta del valor de la virtud, que *«es la que engrandece a los pueblos mientras que el pecado los hace miserables»* (Prov. 14,24), no dudo que todos se esforzarían en vivir conforme nos ordena la ley de Dios.

Las ideas que voy exponiendo en estas lecciones no son nuevas, son ya consejos que he dado en mi vida y que podréis hallar en los muchos libros que he escrito, y tienen

como fin encauzar vuestra vida por el camino del bien y deciros con el profeta Isaías: *«cesad de obrar mal y aprended a hacer el bien»* (1,16-17).

Al ver el espectáculo que nos ofrece hoy el mundo y como la mayor parte de las gentes no obedecen más que al placer y al interés y aplauden el vicio, no puedo menos de decir, como un día dijera Jouffroy, célebre profesor de la Universidad de París: ¡No hay hombres!

Nuestro siglo se ha entregado por completo a los placeres de la carne. Todos y en todas partes aspiran al lujo, al bienestar, a las diversiones... Los hijos de nuestro tiempo aspiran tan sólo a gozar, a gozar cada vez más. En esta atmósfera saturada de sensualismo y frivolidad, las almas no viven, vegetan y mueren al cabo por no poder respirar el aire puro de las cumbres.

Para que los jóvenes de hoy sepan ser hombres de verdad, necesitan una voluntad fuerte, capaz de emprender un trabajo serio para la reforma de los defectos y la adquisición de las virtudes.

El motivo de figurar en la primera página de este libro la imagen de la Virgen de la Antigua, patrona de Fuentesauco

(Zamora) con la del autor, es por haber estado allí mis primeros años de sacerdote como Coadjutor y luego como párroco quince años; y por el afecto que les tengo a los que fueron un día mis feligreses, es por lo que siento la satisfacción de dedicarles y regalar un ejemplar a cada vecino.

Mi deseo es que la lectura de este libro a base de ejemplos prácticos haga mucho bien a cuantos lo lean.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 15 octubre 1994

LECCIONES PRÁCTICAS

Los jóvenes de ayer y de hoy

Grandes son los cambios que se dan en los jóvenes de nuestros días. En el siguiente ejemplo podemos verlos reflejados en la juventud.

Se refiere de Leonardo de Vinci que vio en un templo de Roma a un joven cantor llamado Pedro Bardinelli, cuyo rostro dejaba traslucir tal candor e inocencia, que lo escogió para pintar en su célebre cuadro de la «Cena» a San Juan Evangelista.

Algunos años después se encontró Leonardo en la calle con un mendigo desastrado, el cual reflejaba en su demacrado rostro una maldad tan diabólica, que pensó le serviría de modelo para la cara de Judas. Le prometió una buena cantidad de dinero para que se prestase. Y, cuando para observar más el contraste, le puso al lado de San

Juan, dijo sollozando el mendigo: «También serví yo de modelo para éste, pero entonces yo era un joven bueno; ahora, en cambio, soy un perdido, entregado a la bebida y al vicio».

¡Cuántos jóvenes siguen el camino de Pedro Bardinelli! En los primeros años de su vida los vemos inocentes, puros, obedientes y alegres, y luego viene el cambio cuando se meten en el ambiente del mundo, las discotecas, los cines o televisión in-moral, los malos compañeros... y terminan ensuciando su lengua y su corazón con palabras groseras, indecentes y hasta blasfemas, y juntándose con otros libertinos, se entregan al vicio, a la droga, a la impureza y así terminan perdiendo la pureza y la fe.

¡Joven! si esto lees, esfuérzate por encauzar bien tu juventud desde los primeros años, domina a tiempo tus malas pasiones para que no oscurezcan tu mente y perviertan tu corazón.

No andes triste. Siembra la alegría

Un niño de 12 años se presentó al desayuno con semblante sombrío, mudo y enfa-

dado. Como rocío se encendió el mal humor del niño por toda la familia. De repente el padre le dice: «Oye, chico, tu rostro no te pertenece». Desconcertado, levanta la cabeza el muchacho, y el padre repite: «Oye, chico, tu rostro no te pertenece porque tu no te ves; en cambio, nos pertenece a nosotros porque somos los que lo vemos. ¿Cómo te arrogas tu el derecho de obligarnos a contemplar tu rostro sombrío?»

Así habló el padre. El hijo lo comprendió y se calmó. Nadie tiene derecho a presentar a los demás una cara amarga, cargando de este modo un peso en las espaldas ajenas y turbando el temple del prójimo.

¡Joven! para dar sentido a tu vida vive siempre alegre, no vayas por el camino del mal. Da pena ver a jóvenes que entran, como el citado en casa de sus padres tristes y malhumorados, que amargan su vida y la de sus hermanitos. Si tu eres de estos, piensa en la causa de tu tristeza.

Toma la decisión de no amargar la existencia de tu madre y de los tuyos. A muchas madres he oído yo quejarse por la conducta de sus hijos, que entran en casa carácter osco y triste, sin darles apenas el saludo, y la causa en los más es que empie-

zan a entregarse a los vicios, a la bebida o a los placeres impuros. El alma se refleja en el rostro. La verdadera alegría nace de corazones puros y limpios.

A uno le oí hablar así: «Nos acostumbramos al mal, a la violencia, a la falta de honradez, a la murmuración, a la maldad... Comenzamos por no ser honrados una vez, luego dos, después tres... el hombre se habitúa a todo, hasta al pecado. ¿Qué debes hacer tu para cambiar de vida?

Si algún pecado torpe empieza a reinar en ti, combátelo, procura salir de él con una fuerte decisión por medio de una confesión sincera... Cuando el alma está limpia, tu rostro aparecerá alegre, llevarás la alegría a tu hogar y contribuirás a hacer felices a todos.

Plantéate la cuestión del pecado..., empieza por salir de él y así empezarás también a ser feliz y hacer felices a cuantos te rodean.

El papel de la madre

El gran pensador francés conde Maistre, en cierta ocasión, raciocinaba de esta manera:

«Los grandes valores culturales de la humanidad no fueron creados por las mujeres. La *Ilíada* y la *Odisea*, la *Divina Comedia* y el *Fausto*, la organización de los estados, las victorias militares, las magníficas catedrales no son obras de mujer, las debemos a los hombres. Y, con todo, porque son ellas las que llevan en su seno a los hombres del porvenir, son quienes modelan el carácter de una generación fuerte y digna». ¡Sublime es la autoridad de los padres!

El papel de la madre en la educación de sus hijos es básica y a veces insustituible. La madre es la primera escuela, la primera catequista, la primera educadora y el ángel custodio de sus hijos. Si estos desde el principio tuvieron derecho a nacer, desde su concepción y nacimiento tienen derecho a su formación.

La madre es responsable de la vida de sus hijos, y a las madres se dirigía ya San Clemente Romano: «No matarás a tu hijo por medio del aborto, ni matarás lo nacido, porque todo lo formado, que ha recibido alma de Dios, si es muerto, será vengado, como muerto injustamente».

Juan Pablo II ha dicho: «El hogar debería ser la primera escuela de la religión,

como también la primera escuela de oración... En el hogar comienza la evangelización, en el hogar surgen las vocaciones y se desarrollan».

Un ejemplo que habla elocuentemente de la influencia de la madre en sus hijos es este del *Cardenal Mindszenty*: «¡Con qué alegría me acuerdo todavía de los días de mi niñez! Nosotros, los tres hermanos, rezábamos con nuestra madre el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, los Diez Mandamientos y los cinco preceptos de la Iglesia. Al principio los considerábamos como oraciones y no se nos ocurría que nuestra madre había empezado ya así nuestra instrucción religiosa... Nuestra madre fue nuestra primera catequista. Sin notarlo siquiera nosotros, íbamos haciendo acopio de un gran tesoro de conocimientos religiosos».

Si falla la educación primera de las madres y no tienen los niños buenas escuelas, en el ambiente en que vivimos fácilmente se tuercen y la patria carecerá de hombres sabios e ilustres.

«Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él» (Prov.. 22,6).

Hacen falta buenas madres

Cuéntase de Napoleón I que conversando cierto día con la señora Campagn sobre la educación, acabó por afirmar que todos los antiguos sistemas de educación no tenían valor alguno.

La señora Campagn no le interrumpió, y el emperador añadió satisfecho y con aire de triunfo: ¿Qué falta hoy en Francia para que las jóvenes puedan salir bien educadas?

—Una sola cosa, respondió ella con viveza: Faltan madres.

A esta respuesta tan inesperada como profunda, respondió Napoleón: Tenéis razón, he ahí todo un sistema de educación: formar madres que eduquen bien a sus hijos, para que estos sean grandes sabios y los prohombres del mañana.

Pío XII dijo: «Es arte difícil y laborioso el de formar bien las almas de los niños, almas tiernas... en las que una influencia funesta o un culpable descuido pueden dejar huellas indelebles».

Ahora cuando no faltan enemigos de la religión y de la sociedad humana que con un espíritu diabólico se ingenian para que los jóvenes y los niños sean excitados al

abandono de la fe y de la moral cristiana, se impone en las madres mucha vigilancia y cuidado sobre sus hijos y sobre sus hijas jóvenes para que se vayan formando en prácticas religiosas y no pierdan la juventud por entregarse a diversiones peligrosas frecuentando discotecas y centros de inmoralidad, para que si Dios no las llama a la vida religiosa —en la cual debieran pensar más porque en ella serían más felices—, sepan formarse para ser buenas madres apartándose del camino del mal y de cuanto pueda inducir las al pecado.

... y también hacen falta buenas jóvenes

Las jóvenes, dado el ambiente en que nos movemos, están expuestas a muchos peligros. Ya desde los 14 o 15 años empiezan las horas de las tentaciones, y todos, por lo general, suelen sentir las de la carne o ciertas inclinaciones ante el descubrimiento del sexo contrario, y vienen los pensamientos deshonestos, ciertas inclinaciones o deseo de placeres impuros ...y pueden venir las caídas y remordimientos, y por eso deben vivir alerta ante el peligro de pecar.

La castidad es una virtud delicada y es preciso conocer su valor para saberla defender y no perderla. Si sois aún muy jóvenes y los chicos se os acercan para hablaros de matrimonio, no adelantéis las relaciones, pues por no pensar en el paso decisivo que van a dar, a muchas les vienen luego las lágrimas tardías.

La época del noviazgo tiene sus peligros propios y hay que vigilar mucho sobre sí, porque la pasión es ciega y puede arrastraros al precipicio.

A las jóvenes digo: Procurad no ser un día el oprobio de vuestros padres. Fijaos en este pasaje del libro sagrado del Eclesiástico (42,9ss): *«Una hija es para un padre un tesoro que hay que guardar, un cuidado que quita el sueño, porque en su juventud no se vea violada, y no sea aborrecida después de casada. En su doncellez no sea deshonorada y se vea encinta en la casa del padre; que no sea infiel al marido, y bien casada sea estéril. Hijo mío, sobre la hija atrevida refuerza la vigilancia, no te sea escarnio de tus enemigos, fábula de la ciudad, objeto de burla entre el pueblo, y te avergüence en medio de la muchedumbre... La hija deshonorada es el oprobio de los padres».*

Las jóvenes deben prepararse para ser buenas madres y a este fin deben procurar que su noviazgo sea cristiano y santo a la edad competente. No imitar a tantas que con su ligereza y manera de vivir van pregonando su pérdida de pudor y de vergüenza hasta verse ellas mismas desgraciadas. Y porque otras «lo hagan», eso no justifica tu pecado.

Las personas que desean ser religiosas tienen un tiempo de noviciado, unos meses, durante los cuales ven si les agrada aquella vida y si pueden cumplir las obligaciones y sacrificios que se les exige, si no se vuelven atrás. Pero el noviazgo, tiempo de preparación para el matrimonio, es el único que disponen de noviciado, y sólo durante él pueden volverse atrás; mas una vez casados, ya no hay noviciado alguno. Por eso dice el adagio: «Antes de que te cases, mira a ver lo que haces».

Consejo a las jóvenes y a los jóvenes en tiempo de relaciones

1) *A las jóvenes.* Se fuerte, mantente en tu puesto. La joven no debe transigir jamás

con ciertas libertades que la llevan al pecado. Muéstrate intransigente en materia de pureza.

Cierto día se me acercó un joven para pedirme un consejo: «Llevo, me dijo, tres años en relaciones con una chica y estoy dispuesto a abandonarla, ¿qué me aconseja? Y ¿cuál es la causa?, le respondí. Sencillamente me replicó: porque ha condescendido demasiado y he pecado muchas veces con ella y yo hubiera querido una mujer en su puesto, y ahora al verla tan manchada y temiendo desavenencias futuras, prefiero ya dejarla...».

Refiero este caso para que las jóvenes vean cómo deben portarse en sus relaciones, que se hagan respetar, porque entonces su novio, en el trato no será tan atrevido. Da a tu novio tu amor y tu afecto, mas nunca tu cuerpo, porque te despreciaría y algún día te echaría en cara tus mismas culpables condescendencias. A veces tiene más culpa la mujer que el hombre.

2) *A los jóvenes.* Vuestra novia es un tesoro. Miradla como a vuestra madre. Como quisierais que miraran un día a vuestras hijas. Cultivad en ella la castidad, el pudor y la modestia, pues son joyas de ines-

timable valor. Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas y jamás las seducen.

Los jóvenes formales deben buscar una esposa de su casa, buena, modesta, trabajadora y virtuosa.

El matrimonio es cosa seria. Procurad que vuestras relaciones sean castas y luego os querréis más en el matrimonio y no habrá desavenencias o divorcio, como sucede en muchos casos. No hay que profanar el santuario de la familia. «Lo que Dios unió que no lo separe el hombre».

No seas ignorante en religión

La causa de todos los males existentes es la ignorancia religiosa. Ya el Papa Pío XII lo dijo así: «De entre todos los males que aquejan a la sociedad presente ninguno más grande ni más profundo que la ignorancia religiosa».

En un congreso católico en 1913, el que un día sería cardenal Gasquet narró la siguiente anécdota:

Estando yo en una región minera de Inglaterra, un día se lamentaba delante de los

protestantes de la ignorancia cristiana de muchos obreros. Se me dijo que exageraba, por lo cual propuse una experiencia. Estaban pasando los mineros y llamé a uno de ellos designado al azar. Le interrogué: ¿Me permite una pregunta? ¿Qué sabe Vd. de Jesucristo? Me respondió: «Jesucristo... No lo conozco; sin duda no es de los que trabajan en mi galería».

Si esta pregunta se hiciera aún en nuestros días a muchos obreros y jóvenes, ¿no obtendríamos idéntica o parecida respuesta?

¡Qué tristeza da considerar un momento esta ignorancia de los hombres acerca de su Dios y Redentor! Y ¡se llaman cristianos!

Otros muchos ejemplos, parecidos a este, podríamos ver repetidos en nuestra sociedad actual dada la ignorancia y el indiferentismo religioso de muchos.

Para salir de la ignorancia religiosa es necesario el estudio de la religión y empezar por conocer el Catecismo donde tenemos en resumen todo lo esencial de la doctrina enseñada por Jesucristo, la que todo cristiano tiene que saber y practicar. Además debe leer con frecuencia los Evange-

lios para conocer la vida y milagros obrados por Jesucristo.

La primera catequista, como hemos dicho es la madre y es la que debe ir enseñando a sus hijos las primeras oraciones y verdades fundamentales del cristianismo y luego procurarle buenos educadores.

Necesidad del Catecismo

El Catecismo es de suma necesidad porque en él se enseñan las verdades reveladas por Dios que se deben creer y los preceptos que se deben observar para conseguir la vida eterna.

El célebre filósofo Jouffroy, profesor de la Universidad de París había sido incrédulo durante mucho tiempo; pero luego vino a ser un fervoroso católico. Poco antes de morir dijo a sus amigos: «Conozco un librito que leen y entienden hasta los niños, en el que están resueltos todos los grandes problemas de la vida. Leedlo. Este librito es el Catecismo».

El Catecismo es siempre de gran valor. Un joven le pidió a Dn. Alejandro Manzoni, escritor romántico italiano, un libro que le

guiase en el camino, no del arte, sino de la vida. El insigne escritor le entregó un Catecismo diciendo: «He aquí el mejor libro para que aprendas a vivir».

Y ¿cuáles son los problemas de la vida? Son las cuestiones que tanto dieron que pensar a los grandes filósofos: ¿Quién es Dios? ¿De dónde viene el mundo? ¿Cómo fue creado el hombre? ¿Para qué vive el hombre? ¿Cuáles son nuestros deberes? ¿Qué será de nosotros después de la muerte?, etc.

Estas graves cuestiones los filósofos antiguos como Sócrates, Platón y otros, no supieron resolverlas y dijeron muchos disparates. Si hubieran tenido a mano el pequeño libro del Catecismo las hubieran encontrado resueltas.

Mi consejo a tantos obreros, labradores, comerciantes, etc., que van adelantados en años y no tienen ideas claras de religión es que adquieran de nuevo un Catecismo y repasen sus lecciones, y dejando de ser católicos de solo nombre, empiecen a ser católicos de verdad, o sea, prácticos, que conozcan bien la religión católica y la practiquen.

¿Para qué estás en este mundo?

En Alemania vivía hace años un muchacho, hijo de un labrador, que se reveló como hombre de gran oración y, más adelante, también de magnífica acción.

Ese joven, cuando rezaba con sus compañeros, que eran seculares como él, solía decir al final: «Y ahora para terminar, un Padrenuestro por los que andan por el mundo sin saber para qué...».

¡Cuántos estarían incluidos en aquel Padrenuestro!

«¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para qué estoy en este mundo? He aquí tres interrogantes trascendentales. El gran pontífice Pío XI dijo: «Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin; de dónde viene el hombre y a dónde va; pero ¿quiénes piensan en esto?»

El mismo Pontífice añadió: Hay en la actualidad una enfermedad gravísima, propia de la edad moderna, y es la ligereza y falta de reflexión, que trae extraviados a los hombres. De aquí la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas, placeres

y honores... que enredan en estas cosas terrenas y transitorias, y no los dejan elevarse a la consideración de las verdades eternas, ni aún del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado».

Dios es el creador del mundo y del hombre. El hombre es un viajero. Viene de Dios y a Dios va, según aquella frase de la Sagrada Escritura: *El cuerpo volverá a la tierra de la que ha sido formado y el espíritu volverá a Dios que le dio el ser* (Ecl. 12,7) y a cada uno juzgará según sus obras. Dios nos ha señalado un fin: «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el hombre todo*». Esta es la razón de su existencia (ecl. 12,13). Este es el fin para que Dios lo ha creado, para que cumpla sus mandamientos y mediante ellos se salve. Así lo dijo Jesucristo al joven que le preguntó: ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna? «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

Dios quiere que pensemos no sólo en las cosas de esta vida, que hemos de dejar, sino en la vida eterna, pues «*no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*» (Heb. 13,14).

La vida es un paso sobre un puente

Sobre la torre de la victoria de Fatepur Sikri, ciudad de la India, encontraron hace pocos años unos viajeros, una notable inscripción árabe que decía de la siguiente manera: «Jesús ha dicho: El mundo es sólo un puente; transitad por él, pero no levantéis sobre él vuestra morada».

Estas palabras no se encuentran ciertamente en la Biblia, pero son tan profundas y verdaderas que bien merecen haber salido de la boca del Salvador.

La vida humana se parece al paso sobre un puente, en cuya parte opuesta se halla aquella hermosa patria del cielo en la cual hemos de habitar eternamente, pues con el Apóstol repetiremos: *«No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14).

«Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna» (1 Jn. 2,25), y por eso los cristianos debemos vivir con la esperanza del más allá. Pensemos que somos peregrinos..., lo que quiere decir que no está aquí nuestro destino.

La vida es un puente, construimos palacios, adquirimos fincas de recreo como si

fuéramos eternos, y ¿en qué viene a parar todo esto? «Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierra, oro y plata, decidme: ¿cuántos dueños habéis tenido? ¿cuántos tendréis todavía?»...

No te apegues a tu palacio

Gerardo Kempis, hermano de Tomás, se hizo construir un palacio magnífico e invitó a sus amigos para que lo admirasen. Todos se hicieron lenguas de la casa; no hubo más que uno que le opusiera algún reparo.

—Tu palacio es magnífico —dijo—, pero, con todo, yo te aconsejaría algo.

—¿Qué? —preguntó el dueño—. Haz tapiar una puerta. —¿Cuál? —Aquella por la que te sacarán un día para llevarte al cementerio...

—Ah, sí; pero esta puerta no se puede tapiar, pues la muerte es un huésped desagradable del que el hombre no se puede librar. Dice una copla popular: Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos... «*La figura de este mundo pasa*», dice San Pablo (1 Cor. 7,31). Todo

pasa rápidamente... Todo prueba nuestra nada.

«Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos» (Eclo. 14,12-15).

Obra bien. Dios lo ve todo

Muchos creen que Dios no los ve cuando obran ocultamente. Un empleado de una importante compañía finge recibir una carta en la que se le comunica una grave enfermedad de su padre. Los jefes le conceden el permiso, mas dudando de la sinceridad del joven, mandan un policía secreta que le siga los pasos.

Este ve al presunto enfermo gozando de salud. El joven el primer día convida a cenar a sus compañeros. Participa el policía como si fuese de los amigos y saca unas fotos. Al otro día van de caza; el policía acompaña al joven y fotografía escenas en las que aparece en primer plano. Cuando se

le ocurre volver, los jefes le presentan dichas fotos y le expulsan de la compañía.

También Dios va sacando fotografías de nuestra vida y nos las presentará el día del juicio. ¡Si pensáramos en esta mirada de Dios! Si así lo hiciéramos, dice Santo Tomás, «nunca o casi nunca pecaríamos».

De hecho Dios nos ve. «¿A dónde huir de tu presencia)», dice el salmista (Sal. 138). «*Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo verá Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?* dice el Señor» (Jer. 23,23-24).

No obremos como paganos, sino como católicos prácticos.

Dos esclavos negros trabajaban con su señor en el campo. Uno era pagano, cristiano el otro. Apenas hubo marchado el amo, el esclavo arrojó la pala y dijo: «Ven, nos echamos allá a la sombra, el señor se ha ido». El cristiano le contestó: «Mi Señor está aún aquí, y mostró el cielo. No estoy solo, no estamos solos. Dios está presente y ve todos nuestros actos, y por lo mismo hemos de obrar siempre bien.

El tiempo pasa... y nosotros con él

Un buen día, muy cerca de la Puerta del Sol, de Madrid —refiere un cronista— al mirar la hora en el magnífico reloj que una casa de prestigio acababa de reponer en su fachada, me sorprendió una llamada realmente insospechada en medio de aquel trajín, tan ebrio de materialismo.

Era que allí se leían, en tipos parcos sobre fondo austero, debajo de la enorme esfera del reloj, estas dos palabras: *Tempus fugit...* El tiempo huye...

El tiempo huye, el tiempo pasa rápidamente, él trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... Él nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él. «El tiempo, dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero... Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida».

Pablo VI hablando del tiempo dijo: «Vivimos tan sólo sobre un puente movable o un solo instante fugitivo. Y esto nos lleva a

vivir en razonable intensidad este momento actual... Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Cada hora es preciosa, cada día es único, cada año vale por sí».

El célebre obispo Bossuet refiere que el reloj de la escuela a la que asistió de pequeño, llevaba en la esfera esta inscripción: *Transeunt et imputantur* (que quiere decir: Las horas pasan y no son tenidas en cuenta). Esta inscripción le impresionó tanto que le movió a hacer fecundas todas las horas de su vida, llegando a ser muy sabio y virtuoso. Aprendamos, pues, nosotros a aprovechar bien el tiempo y a no desperdiciarlo. ¡Se vive una sola vez!

Sé amante del trabajo

Un piadoso industrial hizo que le escribieran en grandes caracteres, en la entrada de la fábrica estas palabras en latín: «*Ora et labora*» = Ora y trabaja». Era el motivo que había de servir de norma a todo el que trabajara en aquella fábrica.

Un joven que amaba el trabajo como el perro el palo, al leer estas palabras creyó que eran el nombre de la casa, y al ver a un señor en el umbral del establecimiento le preguntó: ¿es usted el señor *Ora*?

El otro, que comprendió con quien se las había, respondió: No, por ahora soy el señor *Labora*, y aquí no puedo más que darle trabajo.

Aquel holgazán, al oír tal antífona, se largó al momento, no queriendo sujetarse a aquella penitencia, obligatoria para todos.

Conviene que sepamos todos que el trabajo es una *ley universal*, que pesa sobre toda la humanidad, y a su vez una *ley penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: «*Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...*» (Gén. 3,19).

Actualmente el trabajo es una *ley santificadora*, una ley preservativa del mal, pues si el trabajo no os ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios. «*El hombre, dice Job, ha nacido para el trabajo, como el ave para volar*» (5,7).

En los Proverbios leemos: «*El que labre la tierra tendrá pan abundante*» (28,19). «*La mano perezosa empobrece, la*

diligente enriquece» (4). «Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato. Y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto la haz... A su vista me puse a reflexionar, aquello fue para mí una lección...» (24,30).

Los jóvenes, si aprovechan el tiempo de estudio llegarán a ser sabios y especialmente si lo dedican al estudio de los Libros Santos, y también santos si practican las virtudes y rectos consejos que ellos inculcan.

El aburrimiento es una enfermedad, cuyo remedio es el trabajo. Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios, es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

Sé observante de la ley de Dios

Fue Cervera el gran almirante que cerró heroicamente la dominación de España en América. Algunos años más tarde moría aquel anciano almirante. Le rodearon en el lecho sus muchos hijos, no menos valientes que católicos. En aquella hora cuando se despedía y quería dejar algún recuerdo a la posteridad, dijo estas palabras:

—Hijos míos, ante todo guardad los mandamientos de la Ley de Dios. El pueblo que guardara esos mandamientos sería el pueblo más feliz de la tierra.

De hecho en la Santa Biblia se nos dice que del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende la felicidad temporal y eterna.

Dios dijo, por medio de Moisés, al pueblo de Israel: «¡Oh, si siempre me temierais y guardarais mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!» (Dt. 5,29).

«Ved, yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

«Si de verdad escuchas la voz del Señor, tu Dios, guardando diligentemente sus mandamientos, bendito serás en la ciudad y en el campo... El Señor te colmará de bienes y bendecirá el fruto de tus entrañas, el fruto de tus ganados..., mandará la lluvia a su tiempo y bendecirá todo el trabajo de tus manos... Pero si no obedeces la voz del Señor, tu Dios, guardando los mandamientos, maldito serás en la ciudad y en el cam-

po, sembrarás mucho y recogerás poco...
(Dt. 28).

Del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende nuestra salvación Jesús lo dijo: «*Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

Observa los mandamientos de la Iglesia

Un cortesano dijo cierto día delante del rey Luis XVI que se podía comer tranquilamente carne los días de abstinencia, porque los preceptos de la Iglesia son preceptos dados por los hombres. Mas el rey contestó: «No he visto todavía un hombre que infrinja los preceptos de la Iglesia y guarde los mandamientos de Dios».

Muchos no se dan cuenta que la Iglesia nos da sus mandamientos para que cumplamos mejor los de la ley de Dios, pues ella no hace otra cosa que *aclarar y precisar o determinar el modo* cómo hemos de observarlos.

Un ejemplo: Dios nos manda en el tercero: «santificar las fiestas», y la Iglesia dice «cómo se deben santificar», y concreta diciendo que oyendo el santo sacrificio

de la Misa, por ser el culto más santo y saludable, por cuanto en él se renueva y se actualiza sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicarnos los méritos de la redención.

La Iglesia la ha fundado Jesucristo y por ser obra suya, el que desprecia los mandamientos de la Iglesia, desprecia al mismo Jesucristo, que la fundó, y así dice a sus apóstoles y sucesores: *«El que a vosotros oye, a Mi me oye, y el que os desprecia, a Mi me desprecia»* (Lc. 10,16).

Notemos que Jesucristo no sólo dice: *«No mates, no robes»*, sino que dice también *«santifica las fiestas»* y viene a ser un mandamiento de Dios el oír la santa Misa los domingos y días festivos.

Emplea bien tu libertad

San Alfonso María de Ligorio escribió: *«¡Oh cristiano! en este mundo se te ha puesto ante los ojos la vida y la muerte, y se te ha dejado la elección entre ambas cosas: o privarte de los placeres ilícitos y ganar la vida eterna o gustarlos e ir al infierno. ¿Qué dices? ¿Qué escoges? Eres libre. ¿Qué en-*

tendemos por libertad? *Libertad* es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras. Todo hombre goza de libertad porque Dios lo ha creado libre (Eclo. 15,14-15).

La libertad es un don de Dios, que Él nos ha dado para servicio de la verdad y del bien y no para hacer lo malo. La libertad no significa hacer lo que a uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios según lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

Cuando el hombre quiere el mal es *una señal* de que tiene libertad, pero no está en esto la verdadera libertad. Un hombre puede matar a otro, pero hay un mandamiento divino que clama: «*No matarás*», y otro que dice: «*No robarás*». Por consiguiente ir contra lo mandado por Dios es salirse del cauce del bien que Él nos señala.

La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad del hombre, sino que le orienta y le señala un camino que lo dirige hacia el bien a fin de que consiga la perfección. Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo. Si te apartas de él, no llegarás. «*Si quieres entrar en la vida*

eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Las leyes de la circulación, ¿qué son sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarlas todos los días mueren en algún accidente.

Evita todo placer impuro

Hay en el Evangelio una escena encantadora, la que nos refiere la resurrección del hijo de la viuda de Naím.

Un día en que Jesús se acercaba con sus discípulos y gran multitud a la ciudad de Naím, se encontró a su entrada, con un cortejo que llevaba a enterrar a un joven, hijo único de la viuda que le lloraba inconsolable. Él movido de compasión ante las lágrimas de aquella madre, se acercó a ella y le dijo: No llores. Luego se dirigió al difunto, y le dijo: Joven, yo te lo mando, levántate. Al punto, el joven, como si se despertase de un plácido sueño, se incorporó y empezó a hablar, y Él se lo entregó a la madre, dejando maravillados a todos los que habían presenciado tan estupendo prodigio.

San Ambrosio comenta este pasaje y dice: «También la Iglesia llora la muerte de infinidad de hijos suyos, pero una muerte mucho peor que aquella, porque es la muerte de la gracia, muerte del alma por el pecado, muerte eterna...» y por ese temor de verles perecer eternamente llora sin consuelo por verlos devueltos a la vida.

Todo pecado mortal, especialmente el de impureza envilece y esclaviza y por lo mismo a ti, joven, en nombre de Cristo, y con las palabras que Él se dirigió al hijo de la viuda de Naín, te digo: «Joven, levántate...», sí, levántate del estado en que estás caído y vuélvete a Cristo, como un día lo hicieron la Magdalena, la Samaritana... el hijo pródigo. Piensa que *Jesucristo ha venido a este mundo a buscar a los pecadores* (1 Tim. 1,15), y quiere *que todos los hombres se salven*, y por eso pon los medios para salir del pecado. Empieza por quererlo de veras. (Recomiendo mi libro titulado: «*Joven, levántate*» donde tienes señalados los medios que debes poner para combatir el pecado torpe, y también el titulado: «*Formación del carácter*»).

No te dejes llevar de la pasión del juego

Un jugador se dirigía cada día a una casa de juego en compañía de un perro que se llamaba «Filax». En cierta oportunidad le encontró un amigo, el cual extrañado de no verle con el perro, le preguntó: ¿Qué has hecho de tu fiel Filax?

—Tiene muy buenas razones para no querer venir conmigo —contestóle el jugador—. La última vez que me acompañó le dieron una tunda feroz, y como no ha olvidado los palos, no he podido conseguir que venga.

—Confiesa —replicó el amigo—, que «Filax» es más sensato que su dueño, que vuelve siempre a la casa donde arruina sus bienes.

El juego ha arruinado a muchas familias, y hay que velar mucho sobre sí, y ser ante todo hombre trabajador antes que jugador. No hay que poner la suerte en el juego. El incauto empieza a sugestionarse con el juego y se dice: quizá gane buen jornal arriesgando una pequeña cantidad; quizá logre enriquecerme sin el sudor de mi frente. Probemos fortuna; en alguna parte ha de caer la suerte; tal vez sea yo el favorecido. ¡Sugestión! ¡fallida!...

Probemos otra vez, se dice. Como ha ganado el otro puedo ganar yo. Puede ser un poco mayor la apuesta. Y cobra cuerpo la sugestión. Y *«por una chispa se levanta un incendio»* (Ecl. 11,34). La pasión del juego, como dijo Aristóteles nace de la avaricia... y el que se entrega a esta pasión se convierte muy pronto en esclavo y se llena de inquietudes y cuidados y trae a veces crímenes y desesperaciones... y desgracias. Abstente de ir a la casa del juego, fortifica esa voluntad y vendrá la paz a tu alma.

Evita el mal de la embriaguez

En París hubo un jefe de policía que luchó de un modo curioso y eficaz contra el ruidoso estrépito que los borrachos levantan por la calle.

Hizo rodar una película cuando estaban borrachos, y una vez en estado normal, la hizo proyectar ante ellos. La impresión fue enorme; cada movimiento, cada gesto en las horas de embriagues les causó una fuerte impresión de vergüenza y púsoles de relieve el espantoso ridículo a que el vicio los había condenado.

En la Biblia leemos: *«El vino desde el principio fue creado para la alegría, no para la embriaguez. Alegra el alma y el corazón bebido a tiempo y con sobriedad. El vino bebido con exceso causa contiendas, iras y muchos estragos y es amargura del alma. La embriaguez hace osado al necio para ofender; quita las fuerzas y es ocasión de heridas. En una reunión de bebedores no reproches a nadie y no trates con desdén a uno que está ebrio. No le ultrajes ni le apremies con reclamaciones»* (Eclo. 31,35-42).

El dado a la embriaguez jamás se hará rico... El vino y las mujeres extravían a los sensatos. El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, la corrupción será su herencia y el procaz va a la ruina» (Eclo. 19). *«La mujer que se embriaga es del todo enojosa, que no ocultará su vergüenza»* (Eclo. 26,11).

En estos textos bíblicos podremos ver el gran mal que es la embriaguez. Si eres dado a la bebida medita y no vendas tu libertad de hombre por unos sorbos de veneno. El borracho reincidente, el alcohólico empedernido nos ofrece el triste y repugnante espectáculo de caerse en cualquier

parte y quedar tendido en la calle, sobre el polvo, en un charco...

«En un día, dice San Ambrosio, beben el fruto de muchos días de trabajo... Muchos murieron por la gula, ninguno por la frugalidad; innumerables son los que se perdieron por la gula, ninguno por la sobriedad.

Si eres propenso a la bebida, sigue este consejo: Fortifica hoy tu voluntad, no te acerques fascinado, vencido a la bebida seductora. Imita a un Matt Talbot, cómo luchó por dejar el vicio (Este ejemplo puede verse en mi libro: «Formación del corazón»).

No seas blasfemo

En América había un ateo que daba mucho que hablar por su furor sectario: Wirney. Un día, entre unos amigos, se exaltó hasta decirles: «Para que veáis claramente que no hay Dios, yo desafío a ese omnipotente que decís a que me haga morir de repente. Pero no temáis, aunque blasfeme, no sucederá nada, precisamente porque no existe». Apenas dijo esto cayó muerto. Este suceso verídico, causó enorme impresión en Estados Unidos.

El que blasfema, sin duda, no sabe lo que se hace a sí mismo, porque si reflexionase que con la blasfemia está ofendiendo a Dios, su Creador, primer autor de su vida y que la puede quitar de un momento a otro, lo reconocería y dejaría de pecar. Dios no suele castigar al blasfemo inmediatamente, como en el caso dicho, pero a la larga le tocará sufrir mucho.

La blasfemia es el lenguaje del infierno, que envilece y degrada al que la pronuncia e indica bajeza y falta de cultura y educación. La blasfemia es hija de la soberbia y no hay cosa peor. Su gravedad es muy grande, porque el mismo Dios dictó sentencia contra el primer blasfemo que se encuentra en la historia de Israel: «*Quien blasfemare el nombre de Dios, toda la asamblea lo apedreará*» (Lev. 24,16). «*La boca del blasfemo, dice el salmista, está llena de maldición*» (10,7). El blasfemo es un insensato, un loco furioso, promotor del escándalo. Un padre que blasfema delante de sus hijos, es causa de que ellos luego blasfemen...

Líbrate de la droga y de la enfermedad del «Sida»

Un médico entrado en años preguntó en cierta ocasión a un joven que entonces empezaba la carrera: —¿Podrás decirme desde aquí, desde el centro de esta sala, cuál es el enfermo más grave que hay en ella?

—¿Cómo decirlo desde aquí, de tan lejos? —contestó el joven médico.

—¡Pues claro que se puede decir! ¿Ves allí en aquel rincón? Aquél es el enfermo que está más grave. Su cara está llena de moscas, y él las aguanta con tranquilidad... Es la señal de la postrer impotencia.

Así también, al examinar al hombre moderno, a este nuevo pagano, lo que más alarma es ver que aguanta tranquilo, sin agitación, sin remordimientos la lepra del pecado sexual, del que provienen la droga y especialmente el mal del «sida»...

1) *Los drogadictos.* Una de las enfermedades que se va hoy generalizando es la proveniente de las drogas, las cuales están haciendo estragos irreparables en la juventud, ya que a sus adictos los esclavizan hasta no poder pasar sin ellas.

Las drogas suelen producir cierto pla-

cer, y muchos terminan entregándose a él con frenesí inevitables, y, por la reiteración en él, llegan a no poder contenerse, y así poco a poco arruinan su salud y no se dan cuenta que se les aproxima la muerte antes que ellos quisieran.

El drogadicto es un verdadero enfermo, que no le preocupa más que la droga, y vive obsesionado por conseguirla: a no comer, a reducirse a un mal oliente, a robar e incluso a prostituirse, y se convierte en un esclavo de la pasión. Para evitar la enfermedad proveniente de ella, el remedio es no probarla y oponerse a su legalización...

2) *Los enfermos del «sida»*. La enfermedad del «sida» y su contagio nace por lo general del pecado sexual. Empezó atacando a los homosexuales, y ahora se va extendiendo, alcanzando a las más diversas personas, incluso niños, ya por sus padres o familiares, portadores del sida, ya por transfusiones de sangre contaminada. Da pena ver hoy a muchos de los que la padecen, sin alegría por hallarse rodeados de continuos sufrimientos hasta de la cercanía de la muerte...

El remedio más eficaz contra esta enfermedad es la abstención de relaciones sexua-

les ilícitas, y por tanto de las antinaturales, o sea, la abstención del vicio de la impureza.

Es un error combatir el «sida» mediante el uso de preservativos, porque esto favorece que los contactos sexuales se multipliquen y sean más frecuentes. En una Conferencia Episcopal de Estados Unidos se ha dicho: «Frente al sida: castidad, no preservativos»...

3) *Los homosexuales*. Conviene saber que el matrimonio es fundamentalmente uno, esto es, de un hombre con una sola mujer. Lo homosexual está rechazado en la Biblia, y como ha dicho el Papa es algo vergonzoso, antinatural y un atentado contra el verdadero matrimonio y contra las familias.

El sexto mandamiento de la ley de Dios dice: No cometerás actos impuros, y prohíbe los pensamientos consentidos, palabras y obras en materia torpe, o sea, cosas deshonestas, ya solitariamente, ya en complicidad con cualquiera de los dos sexos. Ellos son promotores de la enfermedad del sida y sufrirán las consecuencias y será como castigo de Dios, como nos dice San Pablo escribiendo a los Romanos (1,18-32).

Sé hombre de carácter

Vivía en Italia un escultor alemán llamado Achtermann. Una comisión le encargó la ejecución de un grandioso monumento. Vio el boceto y, en él, figuras indecentes, desnudeces, por lo que dijo enfáticamente:

Yo no hago este trabajo. Y devolvió el boceto. La comisión se interesó en que él lo ejecutara y declaró hallarse dispuesta a aumentar los honorarios. Achtermann declaró entonces: «Italia no tiene bastante dinero para hacerme renunciar a mis convicciones e ir contra mi conciencia».

Ahí tenéis al hombre de carácter que no se doblega ante nada, cuando se trata de traicionar a su conciencia, pisotear su religión y sus convicciones.

Hoy se habla bastante de virtud y se admira, pero no se practica, y ¿por qué? Porque faltan hombres de carácter. Hay mucha frivolidad, se quiere vivir para gozar y divertirse... Esto es propio de espíritus vanos y superficiales... Lo que necesita nuestra sociedad es un verdadero cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal

y con toda clase de pasiones, voluntades de hierro capaces de todos los quererres que empiecen por la reforma de sus vicios y adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece.

Necesitamos hombres de carácter, y el verdadero carácter es fuerza o energía constante de la voluntad en orden al bien. Uno sabe que la impureza degrada y envilece lo mismo que la blasfemia, la embriaguez, las diversiones indecentes y otros vicios, pues lo que debe hacer es fortificar su voluntad para seguir el camino constante de la virtud y oponerse al del vicio y al pecado.

La fuente de casi todos nuestros defectos es la falta de voluntad fuerte..., de un «quiero» hacer esto cueste lo que cueste..., y si pone manos a la obra, lo logrará. Para ser sabios y santos hace falta una voluntad firme de no perder el tiempo en orden al estudio y a la adquisición de la virtud.

No seas sólo católico de nombre

Paseándose un día por los jardines del Vaticano, el Papa Pío X preguntó a los

cardenales que formaban su séquito qué creían que faltaba a la Iglesia.

—Santísimo Padre —dijo uno de ellos—, escuelas católicas. No, respondió el Papa, tenemos suficientes y buenas, donde la juventud puede aprender a su antojo las ciencias, las artes y hasta los dogmas de la fe.

—Lo que faltan, son iglesias, dijo otro. Tampoco, repuso el Pontífice, pues tenemos templos magníficos que invitan a la plegaria.

—Lo que falta, repuso el tercero, son sabios sacerdotes. Y el Papa replicó. Está bien que se formen en ciencia, mas los apóstoles fueron ignorantes, y lo que nos falta, sobre todo en la Iglesia son seglares verdaderamente católicos.

Y ¿qué se necesita para ser uno católico práctico? Para ser católico práctico y pertenecer a la Iglesia son necesarias estas tres condiciones: 1ª Creer en Jesucristo y su doctrina; 2ª estar bautizado, y 3ª obedecer al Papa. (Notemos que los protestantes por no cumplir la tercera condición, se llaman «cristianos», pero no son «católicos»).

Hoy son necesarios católicos no de solo nombre, sino de veras, que conozcan bien

a Jesucristo, que acepten su persona y sus enseñanzas, y obedezcan al Papa, como Vicario de Jesucristo. A este fin, todos deben instruirse y leer la Biblia, especialmente los Evangelios, porque en ellos tenemos la vida de Jesucristo, sus milagros y profecías, fundamento de nuestra fe.

Además de un católico práctico debe ser fiel cumplidor de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y frecuentar los sacramentos instituidos por el mismo Jesucristo.

Debes profesar la religión verdadera

De Luis de Condé, uno de los más valientes generales del siglo XVII, se cuenta que, todavía niño, tuvo dudas sobre la religión. Encontraba entre sus antepasados a católicos y a protestantes. ¿A cuáles seguir? ¿A qué culto atenerse? Pero Condé se puso a estudiar la religión, a leer libros de gente erudita y brilló en su inteligencia la luz de la verdad; se aferró a ella, despreció sus dudas y vino a ser un católico apologista de la religión.

¿Cuál es la religión verdadera? No faltan en nuestros días quienes nos hablen de

diversas religiones e iglesias y múltiples sectas, y terminan diciendo que todas las religiones son buenas, mas como todas no profesan los mismos dogmas, ni tienen el mismo Credo, no podemos menos de decirles que no puede haber más que una religión buena y verdadera, porque no hay más que un solo Dios y una sola manera de honrarle. La religión, pues, verdadera es la que nos viene de Dios, la que Dios mismo nos ha revelado.

Hoy se habla de la iglesia anglicana y de las diversas iglesias protestantes y de innumerables sectas; pero tenemos que decir que sólo hay una Iglesia verdadera, que es la fundada por Jesucristo. Él para fundar su Iglesia eligió a doce apóstoles y puso al frente de ellos a Pedro, que fue el primer Papa. Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas.

Jesucristo fundó sólo una Iglesia sobre Pedro, al que le dijo: «*Tu eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno (las heregías y persecuciones) no prevalecerán contra ella*» (Mt. 16,18-19). Notemos que Jesucristo dijo en singular «*MI Iglesia*», y a sus apóstoles es a los que les dio la misión de

predicar el Evangelio por todo el mundo (Mc. 16,15-16) y el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,23)...

Ninguna de las iglesias o sectas existentes hay que puedan trazarnos su genealogía desde Cristo y sus apóstoles.

—La iglesia Luterana fue fundada por Lutero en 1517.

—La iglesia anglicana, por Enrique VIII en 1534.

—La secta de los Mormones, por José Smith en 1830.

—Los Adventistas, por Guillermo Miller en 1831... Luego dividida en 1844 y surgieron los Adventistas del séptimo día...

—Los testigos de Jehová, fue fundada por Carlos Taze Russell en 1870, modificada por su discípulo Rutheford en 1918.

En nuestros días han surgido otras muchas sectas, y como puede verse no tienen origen apostólico, no están unidas al sucesor de Pedro, ni tienen la misma fe o Credo, ni lo pueden tener porque profesan el «libre examen» o libre interpretación personal de la Biblia y no reconocen el magisterio supremo de la Iglesia Católica. Por eso dijo Balmes: «Si se consideran juntas, no tienen unidad, y si separadamente, no tie-

nen catolicidad», y sabido es que tienen diversos credos.

En consecuencia: Sólo la Iglesia católica es la verdadera, y se prueba su divinidad por el cumplimiento de las profecías y milagros, obrados por Jesucristo; por los millares y millares de mártires, que ofrendaron su sangre para dar testimonio de la religión católica, y por la propagación de la misma religión a pesar de tantos obstáculos y persecuciones...

Además Cristo se distingue de todos los fundadores de otras religiones como Buda, Confucio, Mahoma, etc., por el prestigio de su Evangelio, por sus milagros y profecías, ¿quién ha curado y resucitado a tantos muertos como Jesucristo? ¿Quién se ha dejado matar y resucitar al tercer día como Él? De Él hablan las Sagradas Escrituras y sólo Él es el verdadero Mesías y a su vez el único Dios verdadero.

Destina un rato todos los días a leer la Biblia

San Antonio Abad, que vivía en el desierto de la Tebaida, recibió un día una car-

ta del emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados y así se lo declararon, de que el emperador le hubiese distinguido con una carta de su propio puño. Pero el santo dijo: «Mucho más debierais maravillaros que nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos haya enviado a nosotros, pobres hombres, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras».

La Biblia o Sagrada Escritura es el libro primero y principal de todos, porque contiene y es la palabra de Dios.

La Biblia es «la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), «una carta de Dios omnipotente a los hombres» (S. Greg. Magno, San Agustín y otros).

Jesucristo le dio una autoridad divina e infalible y dijo que la Biblia trataba de Él. Sus palabras fueron éstas: «*Investigad las Escrituras, ellas son las que dan testimonio de Mi*» (Jn. 5,39). «*Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos*» (Lc 24,44-46).

El Concilio Vaticano II nos exhorta a leer con frecuencia la Santa Biblia: porque «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».

Entre los libros de la Biblia sobresalen los Evangelios, por contener la vida y los milagros de Jesucristo. Todos debieran leer al menos un capítulo diario de ellos y luego de los Hechos de los Apóstoles y seguir por los libros más fáciles de la Biblia para ir conociendo mejor a Jesucristo.

San Agustín nos dice: «Leed con frecuencia las Escrituras y no amaréis los vicios de la carne», y también S. J. Crisóstomo: «Leed las Escrituras que son un poderoso preservativo contra el pecado».

La Biblia lleva el sello de Dios

En cierta ocasión decía un caballero, alejado de los principios religiosos, a una hermana suya, religiosa carmelita: «No me explico tu modo de vivir, no comprendo el porque de tantas privaciones y sacrificios. ¿Qué te propones con ello?

La religiosa respondió: Me propongo ganar el cielo, y lograr que otras almas, alejadas de Dios, se vuelvan a Él.

—Y ¿cómo sabes que lo vas a lograr con estos medios? —Así me lo enseña la Sagrada Escritura.

—Y ¿quién te ha dicho que la Sagrada Escritura dice la verdad? ¿No pueden ser falsos sus consejos? —Dime tu, ¿cómo sabes que en tu oficina de Hacienda una orden viene del ministerio del ramo? Pues averiguando la firma y el sello del ministro. ¿Por qué lo dices?

—Porque eso he hecho yo también; he averiguado que la Sagrada Escritura lleva el sello de Dios. Y ¿cuál es el sello de las obras de Dios? El milagro y la profecía. ¿Quién ha dado vista a tantos ciegos y resucitado muertos como Jesucristo? Él es Dios. Lee despacio los Evangelios y te convencerás.

Hoy propiamente no hay incrédulos, sino ignorantes en religión. Si muchos empezaran por adquirir un Catecismo elemental de religión, y leyeran los Libros Santos, inspirados por Dios, empezarían por adquirir la fe y ser verdaderos creyentes. Para un católico la Biblia interpretada por el Magisterio de la Iglesia es la norma de su fe.

Ten en gran estima la Tradición Apostólica

¿Sabes dónde tenemos las verdades re-

veladas por Dios? Estas verdades están especialmente en la Biblia transmitidas fielmente por la tradición apostólica o Magisterio supremo de la Iglesia. Sin la tradición no nos constaría qué libros pertenecen a la Biblia.

Disputaban un católico y un protestante que todo cuanto Dios nos ha revelado se encuentra de lleno en las Sagradas Escrituras, y que por tanto la Tradición es superflua.

Dijo entonces el católico: «Dadme vuestra Biblia y os voy a demostrar enseguida que la Tradición es necesaria». Dióselo el protestante, y el católico, después de haberla hojeado un rato, se la devolvió diciendo: «Caballero, yo os he pedido la Sagrada Escritura y no este libro de fábulas». El protestante contestó irritado: «Si este libro es precisamente la Sagrada Escritura. El católico replicó: ¿Cómo me podéis demostrar que este libro es en verdad la Sagrada Escritura? Contestación del protestante: «Me consta que lo es por mi padre y por sus antepasados, que durante muchos siglos lo han venerado como un libro divino».

Repuso entonces el católico: «Ahora me salís con la tradición, después de no haber-

la querido reconocer al principio». También hay que decirle a los protestantes: ¿Por qué sabéis que la Biblia tiene para vosotros 66 libros, si la misma Biblia no lo dice? Forzosamente tenemos que admitir la Tradición, pero la Tradición Apostólica, por cuanto el Magisterio Supremo de la Iglesia a través de los siglos desde Jesucristo y los apóstoles nos ha ido diciendo cuál es el catálogo de los Libros Sagrados. Y estos libros no son sólo 66, sino 72.

Documento antiquísimo de verdadera tradición

San Ireneo año 120-202) en un escrito contra los herejes, reproduce la lista de los obispos romanos, tal como se transmitía con solicitud en la comunidad romana. Nombra los siguientes sucesores de Pedro, primer Papa: 1º Lino; 2º Anacleto; 3º Clemente; 4º Evaristo; 5º Alejandro; 6º Sixto; 7º Telesforo; 8º Higinio; 9º Pío; 10º Aniceto; 11º Eleuterio...

En esta sucesión, escribe él (el discípulo del amigo de los Apóstoles, Policarpo, que todavía pudo ver a Juan Evangelista),

nos ha llegado la tradición de la fe y el anuncio de la verdad desde los Apóstoles... y ello prueba de un modo definitivo que la misma fe vivificadora fue conservada en la Iglesia desde los mismos apóstoles hasta nosotros, y nos fue transmitida con fidelidad.

Un historiador protestante, Gaspar, dice que esta lista es «preciosa como documento antiquísimo de verdadera tradición»; y confiesa que los mencionados personifican en la Iglesia primitiva la idea de la autoridad y tradición apostólica, y no sólo para la comunidad romana sino para la Iglesia universal.

Recemos. Todos dependemos de Dios

El año 1787 Washington, primer presidente de Estados Unidos, tuvo consejo con 55 compañeros para tratar de puntos importantísimos que habían de decidir el porvenir del país. Franklin, ya entrado en años, se levantó y dijo: «Señores, recemos. Ya soy viejo, pero cuanto más vivo, con mayor claridad veo que el destino de la humanidad depende de Dios. Si sin su permi-

so, como leemos en el Evangelio, no cae un sólo pájaro, ¿cómo podría cobrar fuerza un país sin su auxilio? Todos dependemos de Dios».

Un día dijo Donoso Cortés: «El mundo va mal, porque hay más batallas que oraciones». Comentando estas palabras del célebre estadista español, Juan Pablo I en su breve pontificado de 33 días, dijo: «Sí, el mundo va mal porque hay más batallas que oraciones, lo que debemos hacer nosotros es procurar que haya más oraciones que batallas».

Jesús nos dice en su Evangelio: «*Es necesario orar siempre y no desfallecer*». Oración es la elevación de la mente a Dios, es hablar conversar con Él para suplicarle, pedirle gracias y dárselas por tantos beneficios recibidos, y porque todos dependemos de Dios y de Él necesitamos, a Él debemos orar.

La oración es facilísima, está al alcance del pobre y del rico, del ignorante y el sabio, del niño y del anciano. En todas partes podemos orar y en todo momento. De hecho todos oramos de alguna manera. Ora el niño cuando le pide el pecho a su madre, ora el pobre cuando nos pide una limosna... y siendo todos pordioseros y necesitados de

salud, de virtud, de ciencia y de tantos bienes materiales y espirituales, ¿por qué no recurrir a Dios tan rico y omnipotente por ser el que puede ayudarnos a todos? Dios está siempre presente y lo está en todas partes y nos oye, y lo que hace falta es saber orar con atención, humildad, confianza y perseverancia.

Jesús nos enseñó la oración del Padrenuestro, que es corta y eficacísima... y en el Evangelio tenemos modelos de oraciones muy breves como la del ciego de nacimiento: «*Señor, que vea*» (Lc. 18,41), la del leproso: «*Señor, si tu quieres, puedes curarme*» (Lc. 5,12), etc...

¿Cuál es el mejor método para orar?

Preguntamos en una librería: ¿Cuántos métodos tiene usted para aprender inglés? Por toda respuesta nos enseñaron un estante y en él pudimos contar veintisiete métodos diversos, entre grandes y chicos. Preguntamos después cuál era el mejor. El dependiente sonriendo, nos respondió: Tome el que quiera que tan malo es uno cualquiera como los demás. ¿Entonces?

—Si quiere usted aprender inglés, váyase donde lo hablen y hable. Todo lo demás huelga.

Varias veces nos hemos acordado de esta respuesta cuando alguien nos ha preguntado cuál es le mejor libro para aprender a orar... Todos serán lo buenos que se quiera, pero nada puede compararse con la práctica.

Orar es la verdadera manera de aprender a orar. Orar, como hemos dicho, es hablar con Dios, comunicarnos con Él, pedirle gracias y dárselas por los beneficios recibidos...

En cualquier parte podemos orar, y con más recogimiento en el templo. Ponte allí de rodillas, actúate en la presencia de Dios, y dile: Señor, tu sabes bien lo que necesito, lo que necesita mi familia (expónle tus necesidades más urgentes y adórale... Rézale con humildad y confianza el Padrenuestro).

Un día se presentó a don Bosco un médico que tenía mucha fama por las estupendas curaciones que había hecho, pero que no creía en Dios. Cuando llegó a la habitación de don Bosco pidió al santo que lo curase, ya que lo había hecho con tantos otros.

Don Bosco le invitó a que se arrodillase y rezase. El médico en un principio se resistía, pues según decía, no creía en Dios, ni en la Virgen, ni en los milagros. El mal que padecía era la epilepsia. Convencido por fin por don Bosco, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y se realizó el milagro.

Curó, se confesó y comulgó de manos del mismo don Bosco, y en lo sucesivo contaba a todos el milagro y decía: «Sólo de rodillas, sólo rezando se puede creer y curarse».

Todos necesitamos de Dios

Un librepensador se escandalizó al ver en el campo, durante las vacaciones, a una viejecita que siempre rezaba el rosario con devoción: «Mujer, le dijo, podías eximiros de ello con toda tranquilidad; el Señor no necesita de vuestras oraciones». Lo creo, contestó con calma la viejecita, pero yo le necesito a Él.

Dios que ha creado este mundo, nos ha creado a nosotros y nos ha dado inteligencia y ojos para ver la grandeza de sus obras y le alabemos (Eclo. 17,3) y por el salmista

nos invita a la alabanza: «*Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...*» (Sal. 117).

Dios, ciertamente, no necesita nada de nosotros, porque es eternamente feliz. El creó de la nada este mundo por su bondad, no para aumentar su bienaventuranza o adquirirla, sino para hacernos a nosotros felices.

San Agustín nos dice: «Te sugiero un medio para alabar, si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas y habrás alabado a Dios. La gloria de Dios es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas, pero tu alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor, y vituperándole o blasfemándole, te vuelves peor... El seguirá siendo el mismo». Dios, pues, no necesita que le alabemos o glorifiquemos, sino que lo necesitamos nosotros para nuestro bien.

Tenemos que contar siempre con Dios

En todas nuestras obras y en nuestras

empresas, si queremos que nos salgan bien, contemos con Dios. En el año 1696 se erigió en la orilla norteña de Cornwallis (Inglaterra) un faro con esta inscripción: «¡Aullad vientos! ¡Encréspate mar! ¡Irrumpid elementos y probad mis muros!». Después de cuatro años un huracán derribó el edificio. Una segunda torre edificada en el mismo lugar fue destruida por el fuego.

Se erigió después una tercera torre con esta inscripción tomada de los salmos: «*Si el Señor no edifica la casa, en vano se afanan los que la fabrican*» (127,1). Esta torre está en pie aún hoy día y sirve de faro a millares de hombres. Y como este faro de Cornwallis, que en su primera época fue un orgulloso reto al mar, a los vientos y a cuanto pudiera destruirlo, y Dios lo destruyó fácilmente, así sucedió con el Titanic, trasatlántico inglés, de 47.000 toneladas, que fue presentado al mundo como buque indestructible. Algunos han dicho que apareció en él este letrero blasfemo: «Ni Dios lo hunde» y sucedió que en su primer viaje a Estados Unidos, para abatir tanto orgullo humano Dios no recurrió a los vientos ni al fuego. Plúgole hundir al coloso de los mares valiéndose de un trozo de hielo que flo-

taba en el agua. En la catástrofe perecieron 1.500 personas.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor

Todos somos pecadores, pero Dios aún nos ama, y como leemos en la Biblia: «*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*» (Ez. 33). San Pablo nos dice: «*Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores*» (1 Tim. 1,15). Confíemos, pues, mucho en su misericordia.

He aquí un ejemplo de la misericordia de Dios para con el pecador arrepentido: En una misión de Aquisgrán el año 1868, el misionero contó una historia que impresionó profundamente al auditorio. Dijo así:

«Hace algunos años estaba una pobre madre en el lecho de la muerte, rodeada de todos sus hijos, excepto uno solo, que se hallaba en la cárcel condenado a cinco años de prisión por un delito que había apresurado sin duda la muerte de su madre.

Siendo vanas todas las tentativas para reclamar el preso, quiso la piadosa madre hacer un último esfuerzo y pidió que su hijo

viniese a su lecho de muerte. Transmitido el ruego de la madre al comandante de la fortaleza, permitió éste que el desventurado hijo, acompañado de guardias fuese conducido al lecho de la muerte de su madre. No podía ésta pronunciar palabra alguna, pero recogió sus últimas fuerzas y dio a su hijo una profunda mirada. Esta mirada maternal produjo el milagro.

Vuelto el hijo a su celda, cayó de rodillas y derramó abundantes lágrimas, después de lo cual borró sus pecados con una dolorosa confesión, pero fue más lo que hizo con él la gracia de Dios: una vez cumplida la condena se hizo sacerdote. Pues bien este hijo soy yo.

Cobrad, pues, queridos hermanos, ánimo y confianza; pueden ser enormes los pecados, pero la misericordia y la bondad de Dios es mayor todavía».

Estas palabras del predicador conmovieron a todos los oyentes, que concibieron una gran confianza en la misericordia de Dios y confesaron con gran dolor sus pecados.

Procura la verdadera felicidad

Muchos buscan la felicidad en las riquezas, en los placeres y honores; pero todo esto no llena el corazón del hombre y son pura vanidad.

A Salomón, según refiere la tradición, se le consideró como el rey más feliz que gozó de los mayores honores y de los mayores bienes y de toda clase de placeres; mas él mismo confesó al fin de su vida, que en donde creía encontrar la felicidad, no halló sino vanidad, y así exclamó: «*Vanidad de vanidades y todo vanidad*». El Kempis añadirá: «Vanidad de vanidades y todo vanidad fuera de amar a Dios y servirle».

A Eva Lavalière, joven actriz, a quien el público de París idolatraba y la prensa la declaraba la sin par, ¡la única!, cuando corría tras los placeres y diversiones del mundo, decía a su amiga Leo en la intimidad: «Tengo cuanto se puede ambicionar en este mundo para ser feliz: tengo oro, joyas, autos..., y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres».

En el mundo todo lo había encontrado menos la felicidad; mas considerando la

vanidad de las cosas terrenas, vuelta a Dios por una confesión general de sus pecados y por el arrepentimiento de su mala vida, fue cuando se le oyó exclamar: «Nunca he sido más feliz como el día que encontré a mi Dios».

Y ¿qué sucedió a San Agustín después de haberse entregado a los placeres del mundo? Al ver que las pasiones le dejaban el corazón vacío y no le proporcionaban la felicidad que buscaba, vuelto a Dios, exclamó: «Nos hiciste Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descansen en Ti».

Si el rico no puede llevar consigo sus riquezas y tiene que dejarlas aquí al morir, ¿podrá estar la felicidad en lo que tiene fin o en los estrechos límites del tiempo? «La verdadera felicidad no se encuentra en las cosas de la tierra, sino en Dios y solamente en Él» (Hno. Rafael).

Sé hombre de fe

Un ejemplo maravilloso de fe lo tenemos en Abraham. Dios le habló varias veces y un día le prometió multiplicar su des-

endencia como las estrellas del cielo; mas ve pasar el tiempo sin tener hijos, y al llegar a los cien años le concede a Isaac, y cuando era mayorcito, lo somete a una prueba pidiéndole que lo sacrifique. Abraham no dudó en acatar la palabra de Dios.

Él tomó a su único hijo, al que tanto amaba, y parte para el monte señalado, y se iba diciendo: Si Dios me ha dicho que me va a dar gran descendencia, *«poderoso es Él para resucitarlo,»* y cuando se dispone a sacrificarlo en el monte Moriah, el ángel del Señor detiene su brazo y le dice: *«No hagas nada al niño, porque Dios ha visto que le temes y por Él no has perdonado a tu hijo único»*. Abraham creyó en la palabra de Dios, y es considerado como el *«padre de los creyentes»*.

En el Evangelio se nos plantea el problema de la fe, en las palabras que dijeron los apóstoles, una vez que Jesús calmó la tempestad del Mar de Tiberíades: *¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?* (Mc. 4,37). *¿Quién es este hombre?* *¿Quién es Jesucristo para que creamos en Él?* *¿Qué doctrina es la suya?* *¿Quién es este que resucita a los muertos, da vista a los ciegos y hace tantos milagros?*

Los innumerables milagros, juntamente con las profecías son el sello de la divinidad de Jesucristo.

Fe es una respuesta que damos a la palabra de Dios y por eso hacemos y creemos lo que Dios nos dice. También decimos: Fe es creer lo que no vimos por el testimonio de otros. *La fe humana* se apoya en la palabra de otros hombres, y la *fe cristiana divina*, se funda en la palabra de Dios, y porque Él nos habla en la Biblia, le creemos.

Fe es, pues, creer en Jesucristo y en su doctrina, o sea, aceptarla por la autoridad de Dios que nos la revela y porque la Iglesia nos la enseña.

La creencia en Jesucristo y en su doctrina nos viene por el oído, es decir, por haber oído hablar de Él, y por eso el mismo Jesucristo nos dice: «El que creyere el Evangelio y se bautizara, se salvará» (Mc. 16,15-16). Creamos, pues, en Jesucristo, pues «jamás persona alguna habló como Él» (Jn. 7,46).

Jesucristo es el gran profeta, acreditado por Dios, a quien mataron los pecadores (entre ellos nosotros) y que ahora está otra vez vivo y triunfante. El es el que murió por nuestros pecados según las Escrituras y fue

sepultado y resucitó al tercer día (1 Cor. 15,4-5) para nunca más morir (Rom. 6,9), y es el que nos dice que el que crea en Él y le siga, le dará también capacidad para dominar la iniquidad y la muerte y obtendrá la vida eterna.

Profecías de Jesucristo

Para que conozcamos que Él es no sólo un mero hombre, sino Dios, fijémosnos en algunas de ellas. Jesucristo es el centro de la Biblia. Todas las profecías del Antiguo Testamento convergen en Él. Isaías ocho siglos antes anunció que nacería de una virgen y que sufriría una pasión ignominiosa, y Miqueas dijo que nacería en Belén (Véanse 12 profecías enumeradas en mi libro: JESUCRISTO, ¿quién es y qué nos dice?» todas cumplidas en Él).

Entre otras muchas de sus profecías tenemos las siguientes:

—Jesucristo predijo su muerte en Jerusalén (Lc. 13,12) y que sería azotado, crucificado y muerto y al tercer día resucitaría (Mt. 20,17); predijo también la traición de Judas (Jn. 13,26) y Pedro le negaría tres veces...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada y destruido su templo, del que no quedaría piedra sobre piedra (Lc. 21,6), y desde que los ejércitos romanos, al mando del general Tito, el año 70, lo destruyeron, no se ha podido volver a construir. Jesús les dijo a los judíos: «*Vuestra casa (o sea el templo), quedará desierta*» (Mt. 23,38), y sucedió que para desvirtuar esta profecía y tacharla de falsa públicamente, *Juliano el apóstata* concibió el plan de hacer nuevamente de Jerusalén el punto céntrico del pueblo judío mediante la reconstrucción del templo. Veamos lo sucedido. Los mismos judíos tuvieron el mayor interés en la realización de este proyecto, acudiendo en gran número de todas partes.

Se dio comienzo a los trabajos, mas al poco tiempo se tuvo que renunciar, a pesar de obstinados intentos, a su realización. Los antiguos relatos señalan como causa una serie de sucesos maravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros o bien los dejaron malparados con golpes y heridas: ráfagas impetuosas de vientos, rayos, terremotos, fuego que salía de los cimientos... (Los pormenores están consignados por historiadores no sólo cristianos, sino también profanos).

Pecados que hemos de evitar

Toda clase de pecado se debe evitar, pero especialmente los llamados «capitales», que son siete, y son como cabeza, fuente y raíz de todos los demás pecados. Como la doctrina sobre estos pecados la tengo ya expuesta en otros libros, aquí resumiré lo más esencial que podemos decir de ellos. Los siete vicios o pecados capitales constituyen cierto ejército infernal, cuyo jefe es la soberbia.

1) Soberbia

Soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, es no estimar a otros y querer ser preferido a ellos.

«Del orgullo nace el desprecio a los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y deseo de gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de los superiores ni de los inferiores» (S. J. Crisóstomo). «De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo» (Filomeno). «El orgullo es el complemento de la ignorancia». El orgullo es vicio opuesto a la humildad. Mientras el or-

gullo da origen a las discordias y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia. *«No te dejes llevar de la soberbia que es odiosa a Dios y a los hombres»* (Eccl. 10,6).

2) Avaricia

La avaricia es raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores (1 Tim. 6,10). (El avaro en su locura) *amontona tesoros y no sabe para quien los reúne»* (Sal. 39,7).

«Guardaos de toda avaricia, porque, aunque se tenga mucho, no esta la vida —la felicidad— en la hacienda» (Lc. 20,15). *«Insensato, esta noche te arrancarán el alma y todo lo que estás acumulando ¿para quién será?»* (Lc. 12,20) San Basilio comenta: *«¿Buscáis graneros? Ya los tenéis; esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos»*.

La avaricia es un pecado grave, porque en la Biblia leemos: *«Los avaros no poseerán el reino de Dios»* (1 Cor. 6,10).

La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero. El rico Epulón se condenó no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas.

«*Mejor es dar limosna que acumular tesoros, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado*» •(Tob. 4,7ss). Seamos desprendidos. «*El que da al pobre no conocerá pobreza*» (Prov. 28,27). «Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro» (S. Agustín). Haz el bien posible a los pobres.

Hay varias maneras de dar: *dar* simplemente, sin mira alguna sobrenatural; *dar-negando*, lo que equivale a decir: «te doy esto que no debía dártelo», de hecho es como si no se diera nada, pues así no lo agradece Dios ni el prójimo; y *dar-dando*, esto es, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio, dar así es dar dos veces.

3) *Lujuria o impureza*

La Escritura Santa nos pide que seamos castos y recomienda la práctica de la abnegación y que pongamos freno a nuestros malos pensamientos y deseos, y a su vez mortifiquemos nuestros instintos pecaminosos, porque el pecado torpe envilece, degrada y esclaviza, y si se introduce en el alma, oscurece las cosas espirituales, por lo que San Pablo dice: «*El hombre animal no per-*

cibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Cor. 2,14).

Con la lujuria, dice Santo Tomás, el hombre se aleja infinitamente de Dios, y lo que tanto aleja es gravísimo pecado. *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt. 5,8). «Huid de la fornicación, ¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?» (1 Cor. 6,15).*

La castidad es una joya de inestimable valor, virtud que pregona entereza, limpieza y honestidad de cuerpo y alma.

Grandes son las tentaciones de la carne, y el que se deja llevar de ellas, muere para las virtudes y crece para los vicios.

4) Ira

«El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras» (Prov. 14,29). La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, blasfemias... «La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera» (Prov. 15,1).

Preguntaron a Platón con qué señales se conocía al hombre sabio y cuerdo, y respondió: «Cuando le vituperan y le desgarran,

no se enfada; cuando le alaban no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera, que no puede dominar sus pasiones». La ira es un gran mal... es una fiera que puede domarse. No te dejes llevar de ella. Antes de hablar, dice una sentencia árabe, da cuatro vueltas a la lengua». Puedes también contar despacio hasta diez antes de contestar, o espera al día siguiente, y estarás más tranquilo y ecuánime para dar respuesta adecuada.

5) *Gula*

Gula es un apetito desordenado de comer y beber. «Hay, algunos, dice Séneca, que viven para comer; pero yo como para vivir». Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez... Contra la gula sobriedad... La templanza y la sobriedad proporcionan salud, sabiduría y santidad.

6) *Pereza*

Pereza es caimiento de ánimo en el bien obrar, es como un apetito desordenado de reposo y de no hacer nada. La ociosidad es

madre de todos los vicios, ella produce la afeminación de la carne, engendra el orgullo... El agua que no corre, se corrompe.

El perezoso es un ser inútil, ¿para qué sirve su vida? Es la higuera del Evangelio que ocupa inútilmente la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas y malas hierbas. El perezoso *querría* ser sabio y hasta santo... *querría*, pero «no quiere», no pone los medios... Y para ser sabio hay que estudiar mucho, y para ser santo practicar las virtudes cristianas...

Contra pereza diligencia... «El hombre para ser hombre necesita tres partidas: hacer mucho, hablar poco y no alabarse en su vida»...

7) *Envidia*

Envidia es un pesar del bien ajeno, es el odio por la felicidad de los demás (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; de ella nacen el odio, la ira y la venganza... Ejemplos: Caín por envidia mató a su hermano Abel... Los hermanos de José quisieron matarlo y terminaron vendiéndolo...

El que denuncia por envidia o hace injustamente mal a otros con pérdida de bienes, está obligado a repararlo...

Contra envidia, caridad... Haz bien a todos y alégrate con los que se alegran. Evita la envidia, porque es una de las enfermedades más crueles...

Consecuencias: Después de saber la malicia y fealdad del pecado, la consecuencia es que debes evitarlo a toda costa. En la Escritura leemos: «*¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morde-rá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres*» (Eclo. 21,1-4).

Debemos, pues, huir del pecado con el mismo horror que huimos de la serpiente, cuya mordedura venenosa, sabíamos nos haría morir, y con la misma diligencia con que escaparíamos del león, cuyas garras nos destrozarían. Si esos animales causarían la muerte del cuerpo, el pecado mata la vida del alma, y Jesucristo nos dice que Él ha venido para que las almas tengan vida, la vida de la gracia, que es la que nos pone en el camino de la salvación. Piénsalo bien. ¡Se vive una sola vez! Limpia, pues, tu alma del pecado.

Aprende a sufrir

El sufrimiento es inevitable, y como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía», y tan extendido está en el mundo, que éste lleva el calificativo de «valle de lágrimas».

Dios no hizo el dolor y la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original. El origen, por tanto, del dolor y de todos los sufrimientos fue este pecado actualmente también nuestros pecados personales.

San Pablo dice: *«Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres por cuanto todos habían pecado en Adán»* (Rom. 5,12).

Otros males y enfermedades que sufren los hombres, en muchos casos, son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia (Véase cómo muchos sufren por glotonería) (Eclo. 31,24 y 27), por embriaguez (Eclo. 31, 36-40) y por darse el deleite o placeres impuros (Prov. 21,27)...

La cuestión del problema del dolor la veríamos con mayor claridad, si pensáramos que la causa de muchas desgracias, mise-

rias y enfermedades no es otra que el hombre. En los Proverbios leemos: «*La necesidad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios*» (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

Tenemos que pensar que Jesucristo que vino a darnos ejemplo de vida, sufrió mucho para salvarnos, y nosotros tenemos que seguirle, y para que nuestros dolores tengan méritos redentores, tenemos que unir nuestros dolores a los suyos. No desesperemos jamás ante el dolor, aceptémoslo con resignación cristiana y conformémonos con la voluntad de Dios, diciendo: «Hágase tu voluntad», y pensemos que «*los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*» (Rom. 8,18).

El cielo, morada de Dios y de los santos y de los que parten de este mundo en gracia, es una realidad de la que nos habla la Sagrada Escritura, y en él ya *no habrá lágrimas, ni muerte, ni dolores* o sufrimiento alguno (Apoc. 7,16; 21,4), sino di-

cha eterna indescriptible (Mt. 25,46; 2 Cor. 2,9).

Nuestro deber como cristianos es vivir con la esperanza de ir a él, y jamás desanimarnos, porque ahora en la vida presente nos toque sufrir, pues como dice el apóstol: «*Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios*» (Hech. 14,22).

¿Cómo me presentaría yo ante el juicio divino?

Allá por el año 1882 toreaba en la plaza de Madrid el famosísimo Rafael Molina «Lagartijo». Junto a la puerta de entrada se había quedado formando corro varios banderilleros de diferentes cuadrillas. Uno de los peones de la lidia, en una exclamación espantosa, lanzó una blasfemia horrible. Al oírlo Lagartijo, se dirigió al imprudente blasfemo y le dijo:

Oye, tú, ¿con qué cara te presentarías delante de este divino Señor que acabas de insultar si te cogiera un toro esta tarde? — El banderillero, con visible emoción balbuceó torpemente algunas palabras de excusa, y en cuantos presenciaron la escena no

dejaron de hacer impresión las palabras del maestro.

Si Dios te llamara ahora a cuentas, ¿no tendrías algún pecado de los que la conciencia te acusa? En la Biblia leemos: «*Está decretado morir una vez, y después de esto el juicio*» (Heb. 9,27). «*Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno su merecido según lo bueno o malo que hubiera hecho*» (2 Cor. 5,10).

Vivamos con temor de no querer ofender a Dios en adelante. «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo*». Esta es la razón de ser de nuestra existencia. Si viviéramos con el temor de Dios seríamos apóstoles al igual que un niño de 10 años respecto a su padre blasfemo.

En Namur (Bélgica) un niño de 10 años que frecuentaba las Escuelas Cristianas tenía, por desgracia, un padre blasfemo. Un día el niño volvió a casa más tarde de lo acostumbrado, lo que bastó para que el padre desencadenase las más bárbaras blasfemias. El niño horrorizado, se postró de hi-nosjos ante el padre y exclamó entre lágrimas:

—Si quiere, pégueme; estaré contento; mas ¡no maltrate el nombre de Dios! La lección sirvió, y el blasfemo, habiendo reflexionado un poco, desde aquel momento no volvió a blasfemar.

¿Puede castigar Dios con el infierno?

Muchos no creen en el infierno, pero conviene que sepamos que no es una fábula, sino una tremenda realidad y no podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe revelado muchas veces en la Biblia, y claramente en estas palabras de Jesucristo: «Un día dirá a los impíos: *apartaos de Mi malditos al fuego eterno... y éstos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna*» (Mt. 25,41 ss).

Muchos dicen: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Ciertamente Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Si no existiera el infierno, el vicio que tanto reprueba Dios y la virtud que tanto

alaba, venían a tener el mismo resultado, y esto no es justo.

¿Estaría bien que un Nerón vg. y un San Luis Gonzaga y tantas almas penitentes y justas recibieran el mismo premio? ¿Quién conoce leyes sin sanciones? ¿Dónde hay un buen legislador que no castigue al que quebranta una ley? Sabiendo que Dios habla claramente en el Evangelio de un infierno eterno, no necesitaríamos recordar ejemplo alguno. Pero añadamos el siguiente:

El del Padre Balducci, italiano. De él se refiere en el proceso de su beatificación que predicando en la diócesis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en el otoño el vendaval arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas al infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causaron gran impresión en los oyentes siendo todos ellos testigos.

No seas supersticioso

Dios encargó a los israelitas por medio de Moisés que no imitasen las abominaciones de los pueblos que iban conquistando, y así les dijo: *«No se halle en medio de ti, quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien consulte a espíritus o adivinos, o pregunte a los muertos. Porque todo aquel que hace estas cosas es abominable ante Yahvé, tu Dios»* (Dt. 18,10-12).

Las personas ignorantes en religión suelen caer en supersticiones, atribuyendo a las cosas criadas un poder o virtud oculta que ni la naturaleza, ni la Iglesia, ni Dios les han comunicado.

Superstición es creer vg. que ciertas cédulas o cadenas de oraciones que se mandan repetir hasta nueve o más veces, porque si no se hacen vienen castigos o haciéndoles tendrá uno suerte, se deben romper en el acto y no hacer caso de estos u otros medios supersticiosos, como las de echar las cartas o suerte por las rayas de las manos, etc.

El *espiritismo*, especie de hechicería, que tiene como fin invocar al espíritu de un muerto, es cosa abominable ante Dios, y la

Iglesia de Jesucristo dice: «*Evocar las almas de los muertos para recibir respuestas está totalmente prohibido y es ilícito y malo el hacerlo*» (Dt. 16,54). Además el espiritismo influye en enfermedades nerviosas y mentales.

Ni hay que creer en la *reencarnación*, o sea, en la falsa creencia de que al morir una persona, su espíritu pasa a otro ser viviente. «Vivimos una sola vez. No hay reencarnación» (LG. 48). «*Después de la muerte viene el juicio de Dios*» (Heb. 9,27).

No hay que creer en amuletos, el mal de ojo, en el número 13 o el martes pues todos los días son buenos como hechos por Dios.

Lo más acertado para no errar es creer en el Magisterio de la Iglesia, fundado por Jesucristo, porque obedeciendo a este Magisterio es obedecer al mismo Jesucristo (Mt. 28,19).

Tus devociones sean sólidas

Entre nuestros deberes religiosos el primero es amar y adorar a Dios por ser nuestro Creador y Redentor. Así nos está reve-

lado: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*».

Después de Dios debemos venerar a los santos y de un modo especial a la Virgen María por ser la Madre de Dios, y entre los santos hemos de tener gran devoción a San José, y de este gran santo tenemos que decir: Que fue un santo excepcional y merece le nombremos como el primero entre todos los santos. Se le llama «el santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, pero las frases que vemos en ellos «varón justo», «esposo de María» y «padre de Jesús» lo ensalzan ya de tal manera que lo colocan sobre todos los santos.

En la frase «varón justo» se encierra un gran panegírico, por cuanto en el lenguaje bíblico la palabra «justo» indica compendio de todas las virtudes. *Justicia* en la Biblia, no es sólo una virtud que consiste en dar a cada uno lo que es suyo, sino que equivale a *santidad*, y la santidad no es otra cosa que conjunto de virtudes, y San José las practicó todas.

San José se casó con la Virgen María, la cual tenía hecho voto de virginidad, se-

gún indicó el ángel al oírle decir que iba a ser Madre del Altísimo, pues le contestó: «¿*Cómo podrá ser esto si no conozco varón?*» (Lc. 1,34), y como entonces ya había dado palabra de matrimonio a San José, y le satisfizo la explicación del ángel de que concebiría no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, y entonces fue cuando asintió diciendo: «*Hágase en mi según tu palabra*», esto no tiene otra explicación más que ésta: Que tanto ella como San José tenían hecho propósito de vivir en perpetua continencia, siendo así San José para la Virgen custodio de su virginidad.

Y el matrimonio entre San José y la Virgen, aunque tenían hecho voto de virginidad, fue verdadero matrimonio, porque su esencia no consiste en la unión de los cuerpos, sino en la unión de los espíritus o contrato que se realiza.

Santa Teresa de Jesús, la gran doctora española nos estimula a ser muy devotos de San José, y llega a decir: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa alguna a San José que la haya dejado de hacer...».

Ten devoción a la Santísima Virgen

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35), *la bendita o más alabada entre todas las mujeres, la que todas las generaciones llamarán bienaventurada* (Lc. L 28 ss). Y el Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54).

Por querer Dios venir a la tierra por medio de ella, por eso la adornó con toda clase de dones y de gracias y la hizo Inmaculada y permaneció siempre Virgen y fue asunta al cielo en cuerpo y alma.

San Alfonso María de Liguorio dice que «es imposible, moralmente hablando, que el verdadero devoto de la Virgen se condene», y el que le rece tres Avemarías con verdadera devoción se salvará...

(Véase mi libro: *LA VIRGEN MARÍA a la luz de la Biblia*).

Los dos caminos y los estados de vida

Jesús nos dice en el Evangelio: *«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta y trabajoso el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran»* (Mt. 7,13 s).

A todos nos ponen delante dos caminos: el del bien y el del mal; EL del bien es estrecho, es el de los vencimientos, y el del mal es ancho, basta ponerse en la pendiente para seguir el camino de la perdición. También leemos en la Biblia: Delante de vosotros está la vida y la muerte, la bendición y la maldición, escoged. Somos libres para seguir por el camino que Dios nos pone delante. El de la bendición es el que Él nos traza en sus santos mandamientos.

Pero yo ahora quiero fijarme en los estados de vida que Dios pone ante todos especialmente ante los jóvenes. Hay tres estados de vida: El sacerdocio, el matrimonio y la virginidad (o vida religiosa en el claustro o en el mundo). En todos estos estados nos dice el Concilio Vaticano II nos podemos santificar.

Los más se inclinan por el matrimonio por ser tendencia que manifiesta la naturaleza y los que se inclinan por un estado de vida religiosa son los menos.

Los casados se santifican entregándose a su trabajo con espíritu de caridad, ayudándose a lo largo de su vida y recibiendo con alegría los hijos que Dios les dé, educándolos en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas.

A *los casados* digo: Fijaos en la frase: «Recibirán con alegría los hijos que Dios les dé». No os dejéis llevar de la vida cómoda impidiendo tener hijos pudiéndolos tener y educar. He visto que algunos se han conformado con uno o dos y se les han muerto y están solitos en la vejez, sin tener quienes les atiendan. Me dio pena un día oír a un párroco: «En mi pueblo no tengo niños de primera comunión y casi no hay ya niños, todos son viejos, falta la alegría por la falta de niños que corran por las calles y aparezcan bulliciosos con sus juegos... En este sentido España se va envejeciendo, y por eso cabe preguntar a muchos padres: ¿Dónde están los hijos que Dios destinaba a ver la luz del día? ¿No será un gran crimen arrojar a la nada seres llamados a la

vida eterna? Padres de familia, pensadlo para no ser responsables ante Dios, pues os puede llegar el día de veros abandonados en vuestra vejez... Piensen también los jóvenes que se van a casar que el fin del matrimonio es remedio de la concupiscencia y criar hijos para el cielo...

La vida religiosa. ¿Cuántos piensan en ella? ¿Cuántos estiman la virginidad? ¡Jóvenes, pensad en su valor, no la perdáis antes de tiempo!

Juan Pablo II ha dicho: «El tema de la vida religiosa es uno de los más bellos de entre los que nos ha hablado y nos habla constantemente el Evangelio», mas no todos entienden el valor y ventajas de esta vocación, siendo pocas las almas que responden a la invitación insistente de Cristo que dice: *«No hay nadie que haya dejado casa o mujer o hermanos o padres o hijos por el Reino de Dios, que no lo recobre multiplicado en el tiempo presente, y en el siglo venidero la vida eterna»* (Lc. 18,29-30).

Si muchas jóvenes considerasen el valor y la belleza de una vida consagrada y de entrega a Dios, y previesen las cruces y sufrimientos que le esperan en el matrimo-

nio, ¡cuántas se consagrarían a Dios y renunciarían a los placeres efímeros del mundo!

Si se dieran cuenta de la alegría y dicha de que disfrutaban las religiosas y del camino seguro de salvación, no dudo que los institutos religiosos y los conventos se verían abarrotados de almas consagradas. Los que se sientan capaz de este don, ¡adelante!

Haz bien y no mires a quién

Hacer mal es de corazones ruines. El que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace. *«No te canses de hacer el bien, procura vencer el mal a fuerza de beneficios»* (Rom. 12,21).

Pongo fin a este libro con los siguientes ejemplos que nos deben estimular a hacer el bien a todos y sembrarlo por todas partes. Jesús nos manda amar a nuestros enemigos, y nosotros también debemos amar a todos, a amigos y enemigos. Esto es ser buenos cristianos.

1) *Diógenes* estaba un día plantado como un palo en la esquina de una calle, riéndose como un loco. ¿Por qué te ríes? le dijeron. ¿Véis, respondió, aquella piedra

que está en medio de la calle? Ya han tropezado en ella más de diez personas. Después de tropezar la miraban y la maldecían; pero ninguno la ha apartado para evitar que otro pudiera tropezar.

Ninguno pensaba en los demás, sino sólo en sí mismo, ¡El maldito egoísmo! ¡Qué poco se practica la caridad cristiana!

2) *El delfín de Francia, hijo de Luis XVI*, estaba preso y en manos de un rudo carcelero que vengaba en el pobre niño indefenso, el delito de haber nacido rey. Un día le preguntó el carcelero: ¿Qué harías tú, Capeto, si los vendeanos te pusieran en libertad? ¿Qué harías conmigo? ¿Me mandarías ahorcar? El pobre huérfano contestó sencillamente: Te perdonaría. ¡Qué cosa más hermosa es saber devolver bien por mal!

3) *Siendo obispo de Mantua el futuro San Pío X*, un comerciante de dicha ciudad estaba al borde de la quiebra, y el obispo entregó a una de sus feligresas determinada suma de dinero para que, callando la procedencia, la hiciese llegar a manos de aquel hombre. La señora exclamó:

—Pero ese hombre es el autor de un libelo anónimo contra usted.

—Razón de más para que mi caridad sea tan anónima como sus injurias, contestó el gran apóstol.

4) *Josefina Vilaseca*, La María Goreti española, comulgaba diariamente en el Sannatorio de San José, en Manresa, y, pensando en su asesino, decía: Le perdono y ruego a la Virgen por él. No quiero que le maten; ofrezco mis comuniones para que se convierta, se confiese y sea bueno.

Hacer bien a todos es de corazones grandes. Tu haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Sé —en medio de tantos odios— una sonrisa de bondad y de amor. «*La memoria del hombre justo será eternamente celebrada*» (Sal. 111,10).

Desprendimiento

Ni voy de la gloria en pos,
ni torpe ambición me afana,
y al nacer cada mañana
tan sólo le pido a Dios,
casa limpia en que albergar,
pan tierno para comer,
un libro para leer
y un Cristo para rezar.

Que el que se afana y agita,
nada encuentra que le llene,
y el que menos necesita,
tiene más que el que más tiene.

* * *

Por maravilloso modo su capital centuplica
quién aquí se sacrifica
y por Dios lo dejó todo
¿Qué dejó? ¡Un poco de lodo!
¿qué le dan en cambio? ¡El Cielo!
Señor que dulce consuelo
pues lo que también pagáis
si cielo por tierra dais
por vos enmendarme quiero.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
--------------------	---

LECCIONES PRÁCTICAS

Los jóvenes de ayer y de hoy	7
No andes triste. Siembra la alegría	8
El papel de la madre	10
Hacen falta madres	13
... y también hacen falta buenas jóvenes	14
Consejo a los jóvenes y a las jóvenes en tiempo de relaciones	16
No seas ignorante en religión	18
Necesidad del Catecismo	20
¿Para qué estás en este mundo?	22
La vida es un paso sobre un puente ...	24
No te apegues a tu palacio	25
Obra bien. Dios te ve	26
El tiempo pasa y nosotros con él	28
Sé amante del trabajo	29

Sé observante de la ley de Dios	31
Observa los mandamientos de la Iglesia	33
Emplea bien la libertad	34
Evita todo placer impuro.....	36
No te dejes llevar de la pasión del juego	38
Evita el mal de la embriaguez	39
No seas blasfemo.....	41
Líbrate de la droga y de la enfermedad del «Sida»	43
Sé hombre de carácter	46
No seas católico de solo nombre	47
Debes profesar la religión verdadera .	49
Destina todos los días un rato a leer la Biblia	52
La Biblia lleva el sello de Dios	54
Ten en gran estima la Tradición Apostólica.....	55
Documento antiquísimo de verdadera tradición	57
Recemos. Todos dependemos de Dios	58
¿Cuál es el mejor método para orar?..	60
Todos necesitamos de Dios	62
Tenemos que contar siempre con Dios	63
Cantaré eternamente las misericordias del Señor	65
Procura la verdadera felicidad	67

Sé hombre de fe.....	68
Profecías de Jesucristo	71
Pecados que hemos de evitar	73
Aprende a sufrir	80
¿Cómo me presentaría yo ante el juicio divino?	82
¿Puede castigar Dios con el infierno?	84
No seas supersticioso	86
Tus devociones sean sólidas	87
La devoción a la Santísima Virgen.....	90
Los dos caminos y los estados de vida	91
Haz bien y no mires a quién	94
Desprendimiento	96

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovechate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad